

Gail Carson Levine

Historia de Dos Castillos

Traducción del inglés
Marta Torres Llopis

 NOCTURNA
EDICIONES

Madrid, 2011



Título original inglés: *A Tale of Two Castles*

© de la obra: Gail Carson Levine, 2011

Publicado en 2011 por primera vez en Estados Unidos por Harper,
un sello de HarperCollins

© de la traducción: Marta Torres Llopis, 2011

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.es
www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: octubre de 2011

Corrección externa: Eva Méndez Herranz

Composición: FMG

Impreso en España / *Printed in Spain*

Ino Reproducciones, S.A.

Código BIC: YFH

ISBN: 978-84-939200-2-9

Depósito Legal: Z-3181-2011

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



A David, a quien nunca puedo dedicar demasiados libros

Capítulo uno

Madre se secó los ojos con la manga y me abrazó con fuerza. Yo lloré sobre su hombro. Me soltó mientras seguía llorando. Una lágrima resbaló al estrecho por una grieta del embarcadero de madera. Agua salada al agua salada, una gota de mí en el piélagos que me separaría de casa.

Padre tenía los ojos enrojecidos. También él me abrazó. Albin permaneció un paso apartado y se sonó la nariz con un bocinazo. Tenía una docena de maneras de sonarse. El bocinazo era la más triste.

El capitán de la coca llamó desde la plancha:

—La marea no espera.

Me eché el morral al hombro.

Madre empezó:

—Lodie...

—Elodie —repliqué, limpiándome las lágrimas—. Mi nombre completo.

—Elodie —dijo—, no corrijas a tus mayores. Guárdate tus pensamientos. Te equivocas tan a menudo...

—... como cualquiera —contesté yo.

—Elodie —dijo padre con voz nasal—, evita a los astutos dragones y a los ogros que cambian de forma —aspiró entrecortadamente—. ¡No te hagas amiga suya! No te molestarán si tú...

—... no los molestas —terminé, mirando a Albin, que me hizo un guiño. Él era el único de nosotros que había estado en compañía de un ogro o de un dragón. Yo pronto estaría cerca de ambos; al menos uno de los dos vivía en la ciudad de Dos Castillos. El castillo que no era del rey pertenecía a un ogro.

—No remates las frases de tus mayores, Lodie —añadió madre.

—Elodie.

Me pregunté si la afirmación de padre sería verdad. A lo mejor los ogros y los dragones se metían contigo *especialmente* si tú no los molestabas. Me encantaría conocer a uno de cada... si dispusiese de medios para escapar enseguida.

Albin dijo:

—Recuerda, Elodie: si tienes que hablar con un dragón, llámalo *ELLO*, nunca *él* o *ella*.

Asentí con la cabeza. Sólo un dragón conoce su género.

Madre se inclinó hasta que su rostro estuvo al nivel del mío.

—Peor que ogros y dragones... Desconfía de los sepulcros blanqueados.

Los sepulcros blanqueados eran la mayor preocupación de madre. Quise tranquilizarla, pero parecía imposible seguir sus reco-



mendaciones. Un sepulcro es una tumba. Un sepulcro blanqueado es alguien que parece bueno, pero, en realidad, es malo. ¿Cómo podría saberlo?

—Los gansos... —madre se enderezó y se le entrecortó la voz— irán a buscarte mañana.

¡Los gansos! Volvieron a saltárseme las lágrimas. Odiaba a los gansos, pero los echaría de menos.

Madre me quitó una pluma de gaviota del hombro.

—No eres más que una cría.

Corrí hacia Albin y lo abracé. Él me susurró en el pelo:

—Sé lo que debes ser.

El capitán de la coca bramó:

—¡Nos vamos!

Eché a correr, salté por encima de un rollo de cuerda, se me enganchó el pie y me caí de bruces. ¡Corderos y becerros! Madre gritaba detrás de mí. Me levanté, polvorienta pero ilesa. Reí a través de las lágrimas y me apresuré a subir por la plancha. Un marinero la metió dentro.

La vela, decorada con la imagen descolorida de un pez alado, se hinchó con la brisa. Nos alejamos del muelle. Si el destino era favorable, volvería a ver a mis padres y a Albin dentro de diez años. Si el destino era cruel, nunca.

A medida que disminuían de tamaño, madre perdía su estatura, padre su corpulencia, Albin su larga barba. Les dije adiós con la





mano y me devolvieron el gesto sin parar. Lo último que pude distinguir de ellos fue que aún seguían agitando las manos.

La isla de Lahnt también disminuía. Por primera vez se la veía bonita, con sus laderas boscosas y sus cumbres nevadas, las más altas cubiertas de nubes. Entre las montañas, no podía verse el valle de Dair, donde estaba nuestra granja Loquehaya.

Adiós a mi tierra natal. Adiós a mi infancia.

Las instrucciones de madre y de padre eran que me hiciera aprendiz de tejedor, pero no lo haría. *Cómica*. Solté la palabra al viento, la palabra que sostenía mi futuro. *Cómica*. Actriz. *Cómica* de mitos y fábulas. Madre y padre lo comprenderían una vez que encontrase un maestro o una maestra a quien servir y me uniese al gremio algún día.

Apoyada en la borda del barco, sentí la bolsa, oculta bajo el mandil, que guardaba mi navajita, un mechón de cabello de una de las pelucas de atrezo de Albin, una bonita piedra rosa, una concha perfecta de la playa de aquella mañana y un solo cobre, que padre consideró suficiente para que comiese hasta que fuera aprendiz. A menos que los vientos soplaran en contra, alcanzaríamos Dos Castillos, capital del reino de Lepai, en dos o tres días, a tiempo para la Semana de los Gremios, en la que los maestros toman nuevos aprendices. Podría ver al rey o al ogro si uno de ellos venía a la ciudad; pero era poco probable que me decidiera a entrar en ninguno de los dos castillos.

No tenía el menor deseo de ver al rey Grenville III, al que le gustaban tanto las guerras y los impuestos que sus súbditos le llamaban





Gravoso Grescoso. Lepai era un reino pequeño, pero el doble de grande que cuando él subió al trono —y lo mismo nuestros impuestos: el doble de grandes, o eso decía madre—. Se creía que el rey tenía sus belicosos ojos puestos en Tair, vecino de Lahnt al otro lado del estrecho.

Yo esperaba ver a su hija, la princesa Renn, de quien se rumoreaba que era algo peculiar. A todo cómico le interesa la peculiaridad.

Y el cómico observa. Dejé de mirar hacia casa. A mi izquierda, tres remeros se esforzaban con un solo remo.

—¡Ha...a...a...la! —gritaba el de en medio a cada palada.

Al otro lado de la cubierta, oía a su camarada gritar lo mismo. Padre me había contado que los remos son para gobernar el rumbo y las velas para moverse. La cubierta entre el extremo del casco y yo rebosaba marineros, pasajeros, un burro y dos vacas.

Un marinero trepó al mástil. El capitán de la coca se abrió camino a empujones entre un hombre mayor y su señora, y se lió a codazos con las vacas hasta que le dejaron pasar. Desapareció por la escala de la bodega donde iba estibada la carga. Recuerdo su arrogancia, la manera en que movía los hombros y las zancadas que daba.

La cubierta se inclinaba con el oleaje. Sentí un escalofrío a pesar de que el aire era cálido para mediados de octubre.

—Vamos, corazón, muévete. Escucha a Dis. Escucha, corazón, corazón —un hombrecillo, delgado salvo sus carnosos mofletes y la doble barbilla, propietario del burro y las vacas, intentaba con





paciencia que los animales se metieran en un espacio entre el casco y la escala de popa de la cubierta superior. En la mano derecha llevaba una cesta cubierta que debía de pesar, puesto que se le encorbaba el hombro—. Vamos, corazón.

Su discurso me recordaba a padre con nuestros animales en casa. «Bien, *Vashie* —habría dicho a nuestra vaca—, buena chica, qué buena chica». Quizá si yo les hubiera repetido eso mismo a los gansos, les habría gustado más.

La señora mayor abrió su bolsa y sacó una capa, que extendió sobre la cubierta. Sujetándose a la mano de su marido, se agachó y tomó asiento. Él se sentó a su lado sobre la capa. Los demás pasajeros también empezaron a delimitar sus parcelas de cubierta, sus casas diminutas.

Yo todavía no estaba segura de dónde quería instalarme. ¿Junto a la pareja de ancianos, que podrían tener historias que contar?

Una familia estableció sus derechos no muy lejos de ellos. Para mi sorpresa, la hija llevaba un sombrero. En Lahnt las mujeres llevan sombrero, pero las niñas no, salvo para abrigarse en invierno. Su túnica y la de su madre no eran tan grandes como la mía, pero las mangas les llegaban hasta los nudillos y los bajos de las faldas les cubrían la mitad de los zapatos, que tenían puntera, a diferencia de los míos redondos.

La coca cayó entre las olas y mi estómago cayó con ella. Nos elevamos de nuevo, pero mi tripa no pareció mejorar. Me apoyé contra



el casco para mantener mejor el equilibrio. La boca se me llenó de saliva. Tragué una y otra vez. No había nada quieto en el mundo, ni las veloces nubes ni la ondulante vela ni el cabeceante barco.

El hijo de la familia me señaló y exclamó:

—¡Tiene la cara verde!

El estómago me subió a la garganta. Me di la vuelta y arrojé el desayuno por la borda. Incluso después de haber echado la comida, el estómago me seguía subiendo y bajando.

Junto a mí, un compañero de viaje gemía y parecía sentirse tan mareado como yo.

Dominada por la náusea como no lo había estado nunca, me puse a observar cómo el agua pasaba espumeante y agitada. Aun así, la cómica que había en mí estaba en la gloria. ¡Corderos y becerros! Recordaría cómo era sentirse tan mal. Me preguntaba si sabría hacer que mi cara se pusiera verde sin maquillaje, sólo de memoria.

La coca se elevó más de lo que lo había hecho hasta ahora y cayó aún más. Vomité bilis y después aspiré con dificultad. La barandilla del casco presionaba mi lastimado estómago.

La persona que estaba a mi lado dijo jadeando:

—Levanta la cabeza. Mira al horizonte.

Mi cabeza parecía estar en la única posición razonable posible, pero la levanté. La isla de Lahnt había desaparecido. El horizonte estaba espléndidamente llano y quieto. Mis tripas continuaban revueltas, pero menos.





—Toma —una mano tocó la mía sobre la barandilla—. Menta.
Chúpala.

La hoja estaba fresca, no seca, y el sabor limpio me alivió.

—Gracias, señora.

Mis ojos temían perder el horizonte, así que no podía ver a mi benefactora. Su voz era musical, aunque no joven. Debía de ser la señora mayor.

—He cruzado esta ruta una docena de veces y al principio siempre me mareo —su voz cantaba divertida—. He agotado la compasión de mi marido —suspiró—. Aún espero llegar a ser buena navegante algún día. Eres joven para viajar sola.

Madre y padre no tenían dinero para más pasajes que el mío.

—No tan joven, señora —ya estaba yo contradiciendo otra vez a un adulto—. Tengo catorce —contradiciendo y mintiendo.

—Ah.

Era lo bastante alta para pasar por tener catorce, aunque tal vez no lo suficientemente curvilínea. Me arriesgué a mirarla de reojo para ver si me creía, pero ella seguía de cara al horizonte y no me miraba a los ojos. Capté su perfil: la frente ancha, la nariz prominente, la piel curtida, arrugas profundas alrededor de la boca, mechones grises que se le escapaban de la caperuza, de la barbilla le brotaban algunos pelos: un rostro agradable y honesto.

—Conversar mantiene el pensamiento alejado de las tripas —comentó, y mostró una mella en la dentadura inferior.



El barco descendió. Sentí que me ponía más verde. Volví brusca-
mente los ojos al horizonte.

—Nosotros vamos a Dos Castillos para visitar a nuestros hijos y
a sus hijos. ¿Por qué vienes tú?

¡Era tan fisgona como yo!

—Para seguir un aprendizaje de... —puse énfasis en mi voz ron-
ca y mareada— cómica.

—Ah —dijo otra vez—, tus padres te envían para hacerte cómica.
Supe que ahora no me había creído.

—Tejedora —admití—. ¡Corderos y becerros! —oh, no preten-
día usar esa expresión rústica—. Estar encerrada, repetir eternamente
una labor, bizquear a la luz de una lámpara... —salté—. ¡Va contra
mi naturaleza!

—Tener las manos agarrotadas antes de hacerte vieja —dijo emo-
tiva la señora—, los hombros ardiendo de dolor y los pies hinchados.
¡No seas ni tejedora ni hilandera!

Inesperadamente, me descubrí defendiendo lo que padre deseaba
para mí:

—Tejer es un trabajo honesto y seguro, señora —me reí de mí
misma—. Pero no seré tejedora.

El barco descendió de costado. Mi estómago se vació de lo poco
que le quedaba y la señora me dio otra hoja de menta.

—¿Por qué cómica?

—Me encantan los espectáculos y las historias.



El teatro había sido mi ambición desde que tenía siete años y vino una caravana de cómicos al mercado de nuestra tierra. Después, cuando cumplí nueve, Albin dejó su compañía teatral y vino a vivir con nosotros y a ayudar a padre en la granja. Pasaba sus horas libres contándome cuentos de cómicos y enseñándome cómo se interpretaban. Decía que yo prometía.

—Yo también adoro el teatro —contestó la buena mujer—, pero nunca soñé con ser cómica.

—A mí me gusta ser otras personas, señora —bajando el tono y añadiendo un estremecimiento, dije—: Sé imitar un poco —volví a mi verdadera voz—. ¿No me ha salido bien? —no había captado su tono.

Ella rió entre dientes.

—Si intentabas imitarme, ibas por el buen camino. ¿Cuánto tiempo estarás de aprendiz?

Los maestros cobraban cinco monedas de plata por enseñar a un aprendiz durante cinco años, tres por siete años. El aprendiz trabajaba a cambio de nada durante ese periodo y aprendía un oficio.

—Diez años, señora —diez años de aprendizaje no costaban nada. Nuestra familia era demasiado pobre para pagarme una plaza.

La coca descendió más que nunca. Chupé la menta con fuerza.

—Oh, querida —me tocó el brazo—. Lo siento.

—No tiene por qué sentirlo. Dominaré bien mi oficio cuando tenga veintidós..., quiero decir, veinticuatro.



—No es eso. En junio, los gremios abolieron los aprendizajes de diez años. Ahora todos deben pagar para aprender un oficio.

Me volví hacia ella. Su expresión era seria. Decía la verdad.

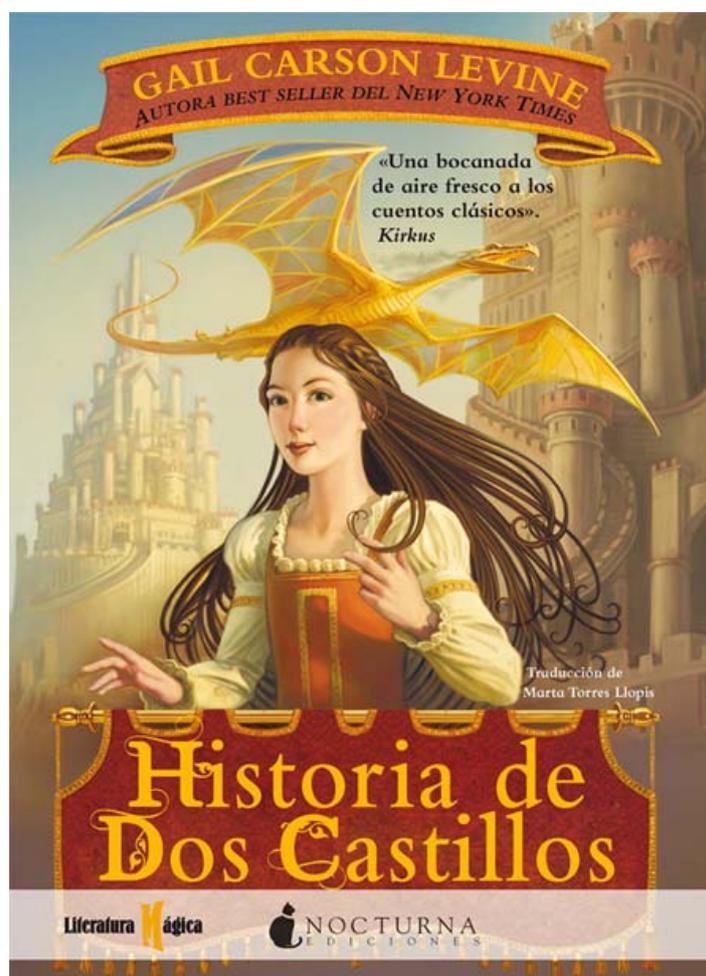
El barco cabeceó, pero mi estómago se calmó mientras se me agarrotaba.

SIGUE LEYENDO

A la venta: **1-11-2011**

HISTORIA DE DOS CASTILLOS

Gail Carson Levine



ISBN: 978-84-939200-2-9. PVP: 16,50 €

 **NOCTURNA**
E D I C I O N E S

Distribución: UDL Libros (www.udllibros.com)
Ámbito nacional (España)